II

Al lado de las cuadras, en el hipódromo de Constantinopla, había una pieza, especie de sala para los *ecuyers* y *ecuyeres*, mimos y conductores de carros. Aun durante el día estaban encendidas las lámparas en aquel rincón asfixiante, impregnado de olor de estiércol.

Cuando la cortina se levantaba, un deslumbrador rayo de luz llenaba la sala, y se distinguían en el fondo iluminado los peldaños de la grandiosa escalera que unía la terraza imperial á los departamentos del palacio de Constantino, las flechas de piedra de los obeliscos egipcios, y en el centro, sobre la arena amarilla, un gigantesco altar de sacrificios, formado de tres serpientes de bronce enlazadas, las cabezas planas de las cuales, servían de soporte á un trípode de Delfos, de una maravillosa labor.

A veces, de la arena llegaban chasquidos de látigo, gritos de *ecuyers*, relinchos de los caballos, rumor de ruedas, semejantes al roce de alas.

No era aquella una carrera, sino el ejercicio preparatorio para los verdaderos juegos que habían de celebrarse algunos días más tarde.

En un rincón de la cuadra, un atleta desnudo, embadurnado con aceite, lleno de polvo, con un cinturón de cuero por todo vestido, levantaba y bajaba enormes pesos. Echada hacia atrás la cabeza melenuda, formaba su dorso un arco tal, que los huesos crujían en las articulaciones, la cara se ponía azul, y las venas del cuello se hinchaban á cada instante como si fueran á estallar.

Precedida por dos esclavos, una joven patricia bizantina, vestida con un elegante traje de mañana, y un velo echado sobre la cara, que ocultaba sus rasgos aristocráticos y ya márchitos, aproximóse al atleta.

Era una devota cristiana á la que adoraban todos los monjes por sus generosas donaciones á los monasterios y la liberalldad con que repartía limosnas. Era viuda de un senador romano. Al principio ponía empeño en ocultar sus aficiones, pero no tardó en comprender que la última moda, el refinamiento del buen tono, era unir el amor á la Iglesia con la pasión por el Circo.

Todos sabían que Estratonicia aborrecía á los afeminados de Constantinopla, de pelo rizado y cara afeitada, nerviosos y caprichosos como ella: su temperamento era tal, que la llevaba á mezclar los

más preciados perfumes de Arabia con el enervante calor de la cuadra del circo.

Después de derramar ardientes lágrimas de arrepentimiento y acabada una conmovedora confesión ante hábil sacerdote, aquella mujercita elegante y delicada como un bibelot de marfil, sentía necesidad imperiosa de las caricias groseras de un célebre volatinero.

Estratonicia miraba atentamente los ejercicios del atleta, mientras que él, fríamente, conservando gravedad estúpida en su rostro de buey, no se dignaba dedicar la menor atención á la viuda.

Esta, cuchicheaba al oído de su esclavo, y con extrañeza ingenua admiraba la espalda robusta, los terribles músculos del hércules, que se marcaban bajo la piel enrojecida, cuando aspirando el aire con lentitud de fuelle de fragua, el atleta levantaba sobre su hermosa cabeza las pesas de hierro.

Se levantó la cortina, los espectadores abrieron paso y dos jacas capadocias, blanca la una y negra la otra, penetraron en la cuadra, montadas por una joven que, con gran destreza y dejando escapar un grito gutural, saltó de un animal á otro y de éste al suelo.

Era fuerte, sana y lijera como sus jacas.

En su cuerpo desnudo brillaban finas gotas de sudor.

Amable y servicial, corrió hacia ella el elegante subdiácono de la basílica de los Santos Apóstoles, Ceferino, entusiasta del circo, conocedor de los caballos y concurrente á todas las carreras, en las

que apostaba fuertes sumas por los *azules* (*vineta*) contra los *verdes* (*prasina*).

Calzado con botas de tafilete con tacón rojo, la mirada mortecina, el cabello rizado, Ceferino tenía más aspecto de mujer que de servidor de la iglesia. Detrás de él estaba un esclavo cargado de paquetes de telas, cajas y otros muchos objetos procedentes todos de los establecimientos más renombrados.

—Krokala, aquí tienes los perfumes que anteayer me pediste.

El subdiácono entregó á la gimnasta un frasco tapado con cera azul.

—He recorrido todos los establecimientos y sólo en uno he podido encontrarlo. Es esencia pura de nardo. ¡Ayer mismo llegó de Appameïos!

—¿Qué compras llevas ahí?—preguntó Krokala.

—Seda de moda, vestidos...

—¿Todo para tu...?

—Sí, todo para mi muy noble hermana, la devota matrona Bezilla. Es preciso ayudar á los parientes. No se pone un solo vestido que no haya sido elegido por mí. Desde que amanece el día, estoy á sus órdenes. Hay momentos en que pierdo la cabeza, pero no me quejo, no, no. ¡Es tan buena Bezilla!... ¡Una verdadera santa!

—Pero desgraciadamente es vieja,—respondió Krokala riendo.—¡Eh, muchacho; enjuga el sudor de la jaca negra con hojas secas de higuera!

—La vejez tiene sus méritos,—dijo el subdiácono, frotándose las blancas manos cargadas de anillos.

Luego añadió al oído de Krokala:

—¿Esta noche?

—No lo puedo asegurar... quizás... ¿Quieres regalarme algo?

—No tengas miedo, Krokala; no iré con las manos vacías... He visto una pieza de tela... con dibujo maravilloso.

Se llevó dos dedos á la boca y se besó las yemas diciendo:

—¡Un encanto!

—¿Dónde lo has encontrado?

—Eso no se pregunta; en casa de Pyrmix, cerca de los baños... ¿Por quién me tomas?... Te podrías hacer un amplio *tarantinidion*. No puedes formarte idea de la riqueza del bordado. ¿Qué te parece que representan los dibujos?

—No sé... Flores, animales...

—Toda la historia del cínico Diógenes, bordada con oro y seda.

—¡Ah, debe ser muy hermoso!—exclamó la gimnasta.—¡Ven, ven sin falta; te espero!

Ceferino miró al péndulo de arena, al *kle-psydra* colocado en un nicho hecho en el muro.

—¡Se me hace tarde! Aún tengo que ir á casa de un usurero, á una joyería, á casa del patriarca y luego á la iglesia... ¡Hasta luego!

—¡No te olvides!—le gritó Krokala, haciendo un picaresco gesto de muchacho.

El subdiácono desapareció, seguido de un esclavo.

Un pelotón de jinetes, bailarines, gimnastas y do-

madores invadió las cuadras. Con el rostro cubierto por una máscara, el gladiador Mermillon, enrojecía un hierro al fuego. Domaba un león acabado de llegar de Africa, cuyos rugidos se oían á través del muro.

—Me llevarás al sepulcro, hija mía, y tú te condenarás. ¡Oh, oh, qué daño me hacen los riñones! ¡No puedo más!

—¿Eres tú, abuelo Gnifon? ¿Qué quieres?—preguntó Krokala, enojada.

Gnifon era un viejecito de ojos llorosos que brillaban bajo dos espesas cejas que se movían como dos ratones blancos; su nariz tenía el color violáceo peculiar de los borrachos. Llevaba un pantalón lidio remendado por todas partes, y se cubría la cabeza con un gorro frigio.

—¿Vienes otra vez por dinero?—dijo enfadada Krokala.—¿Estás todavía borracho?

—No hables así, que es pecado. Tú responderás ante Dios de mi alma. Piensa en la situación en que me has conducido. Ahora vivo en el barrio de los Smokates, donde he alquilado un cuchitril á un escultor de ídolos, á quien diariamente veo esculpir en el mármol sus imágenes horribles. ¿Crees que es ésto agradable para un cristiano? No hago más que abrir los ojos, y toc, toc, toc, el escultor golpea el mármol y da á luz diablos blancos, dioses malditos que se burlan de mí... ¿Cómo no he de ir á la taberna? ¡Oh, Señor, ten piedad de nosotros!... ¡Me revuelco en el barro pagano como un puerco en la basura!... ¿Qué tengo yo la culpa?... ¿Quién será responsable? ¡Tú, que dejas á un pobre viejo¡...

—¡Mientes, Gnifon! No eres pobre; eres avaro. Debajo de tu lecho tienes una cajita...

Gnifon hizo gestos desesperados.

—¡Calla... calla!...

Para cambiar de conversación dijo:

—¿Sabes dónde voy?

—A la taberna, de seguro.

—Mucho peor: Al templo de Dionisio. Este templo que desde el tiempo del santo Constantino estaba sepultado bajo los escombros, se restaurará por orden augusta del emperador Juliano. Me he alquilado para trabajar, aunque estoy seguro de que voy á perder mi alma y seré quemado en el infierno... Pero me he dejado tentar porque soy pobre y estoy hambriento... Mi nietecita no me socorre... ¡Ya ves á qué extremo he llegado!

—Déjame tranquila, Gnifon. ¡Toma! Vete y no vengas más cuando estés borracho.

Krokala arrojó al abuelo algunas piezas de plata y seguidamente saltó sobre un caballo de Vliria, y de pie en la grupa, obligándole con el látigo galopó hacia el hipódromo.

Gnifon chasqueó la lengua, y dijo orgullosamente:

—¡Y pensar que la he educado yo!

Y el viejo señaló á Krokala satisfecho.

El cuerpo fuerte y desnudo de la gimnasta brillaba bajo los rayos del sol matinal, y los cabellos rojos, destrenzados y flotantes, rasaban la gualdrapa del caballo.

—¡Eh, Zotick!—gritó Gnifon al esclavo viejo que

recogía el estiércol en un canasto.—Vente conmigo á renovar el templo de Dionisio. Tú eres maestro en este oficio. Te daré tres óbolos.

—En seguida,—respondió Zotick.—Espera el tiempo que tardo en arreglar la lámpara de la diosa y estoy á tus órdenes.

La lámpara era de Atalante, la diosa de los artistas hípicos, de las cuadras y del estiércol.

Groseramente tallada en madera ahumada semejante á un tajo, Atalante estaba colocada en un rincón húmedo; pero Zotick, educado entre los caballos, la adoraba, rogaba ante ella llorando, acariciando sus groseros pies con olorosas violetas, y seguro de que la diosa aliviaría todos sus males y le guardaría en la vida y en la muerte.

Gnifon y Zotick salieron á la plaza, el *forum* de Constantino, circular y adornado con columnas y arcos de triunfo. En el centro se elevaba sobre un zócalo una gigantesca columna de pórfiro, en cuya cima, a más de ciento veinte codos de altura, descansaba una estatua de bronce: un Apolo de Fidias, encontrado en una ciudad frigia.

La cabeza del dios Sol se había roto, y con atrevimiento de gente bárbara, se había colocado sobre el cuerpo del ídolo la testa del emperador cristiano Constantino el Apostólico.

La fuente estaba rodeada de rayos de oro y en la diestra mano, Apolo Constantino tenía el cetro y con la izquierda sostenía el globo. A los pies del coloso se levantaba una capilla cristiana, una especie de Paladio, donde todavía se oficiaba en tiempo del emperador Constancio.

Los cristianos sostenían, convencidos, que en el cuerpo de bronce de Apolo, en el mismo pecho del dios Sol estaba encerrado un talisman un pedazo de la Santísima cruz, llevado de Jerusalen.

El emperador Juliano hizo cerrar esta capilla.

Gnifon y Zotick atravesaron una larga y estrecha calle que conducía directamente á las escaleras de Calcedonia, no lejos del fuerte.

Muchos edificios se levantaban aún, otros se reconstruían pues por agradar á Constancio se habían construído con tanta rapidez que empezaban á derrumbarse. Muchos curiosos iban de un lado á otro haciendo paradas ante los tiendas, tratantes y esclavos.

En la parte más elevada los martillos golpeaban la madera, las gruas gemían, las sierrras chirreaban al cortar la blanca piedra; los obreros subían con cuerdas gruesos maderos y trozos de marmol que lucían á la luz del sol. Las casas nuevas olían á humedad y á yeso fresco; polvillo blanco caía sobre las cabezas. Por todas partes, entre los muros de cegadora blancura, inundados de sol, á lo largo de los callejones azuleaban las rientes olas de la Propontida, y destacaban las velas de los trírremes semejantes á alas de gaviotas.

Gnifon sorprendio al pasar una conversación entre dos obreros que pesaban un mortero de alabastro en un gran saco.

—¿Por qué te has hecho galileo preguntaba uno?

—Es muy sencillo; los cristianos tienen seis veces más fiestas que los helenistas. Nadie puede ser tu

enemigo. Te aconsejo que sigas mi ejemplo. Se goza de mayor libertad con los cristianos.

En un callejón la muchedumbre estrujó á Gnifon y á Zotick contra una pared. En medio de la calle había varios carros que no podían avanzar ni retroceder; se entrecruzaban gritos, juramentos y latigazos: cuarenta bueyes arrastraban una enorme carreta de ruedas de piedra, en la que iba una columna de jaspe: la tierra retemblaba bajo el peso.

—¿Dónde lleváis eso?—preguntó Gnifon.

—Desde la basílica de San Pablo, al templo de Gera. Los cristianos lo habían tomado para su iglesia y ahora vuelve á su primitivo puesto.

Gnifon miró á la sucia pared en que estaba apoyado, y en la que chicuelos paganos habían dibujado con carbón la habitual caricatura impia de los cristianos.

Gnifon volvió la cara escupiendo de indignación.

Cerca de un mercado muy concurrido vieron el retrato de Juliano con todos los atributos del poder imperial. De las nubes bajaba el alado dios Hermes sobre Juliano.

El retrato era tan reciente que los colores no estaban todavía secos.

Con sujección á la ley romana todos los que por allí pasaban debían saludar la reproducción de Augusto.

El inspector del mercado, el agorano, detuvo á una viejecita que llevaba un cesto con berros.

—Yo no saludo á los dioses—decía en tono quejunbroso la vieja—mi padre y mi madre eran cristianos.

—Debes saludar, no al dios sino al emperador.

—El emperador y el dios están juntos en el cuadro. ¿Cómo hacerlo?

—No importa. Está ordenado que se salude y es inútil discutir.

Gnifon se llevó lejos de allí á Zotick.

—¡Estratajema diabólica!—murmuró.—Hay que saludar al maldito Hermes si no se quiere ser acusado de haber ultrajado á la majestad... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! tiempos del anticristo. De un modo ó de otro siempre se peca. Te miro Zotick y me enciende la envidia. Tu adoras á tu montón de estiercol y lo demás te tiene sin cuidado...

Llegaron al templo de Dionisio vecino á un monasterio cristiano, cuyas puertas y ventanas estaban hermeticamente cerradas, como si se temiera la aproximación del enemigo. Los paganos acusaban á los religiosos de haber entrado al pillaje en el templo.

Cuando Gnifon y Zotick entraron, los carpinteros y los albañiles habían comenzado su trabajo. Las planchas que cerraban el cuadrilatero abierto en el techo fueron arrancadas y el sol entró en el sombrío edificio.

—¡Cuántas telas de araña! ¡mira, mira!

De los capiteles de las columnas pendían hilillos de materia gris que fueron rapidamente quitados con la ayuda de largas varas con tiras de orillo.

Un murciélago desalojado de su escondite, voló desde una rendija obscura, yendo atolondrado de un lado á otro, no sabiendo como ocultarse de la luz.

Zotick recogía escombros que iba á echar en un cesto.

—¡Malditos! ¡cuánta porquería han reunido!—murmuraba el viejo.

Uno llegó con un manojo de llaves enmohecidas y se abrió el tesoro: los monjes se habían llevado todos los objetos de algún valor. Las piedras preciosas incrustadas en las copas de los sacrificios habían sido arrancadas y lo mismo se había hecho con los ornamentos de oro y púrpura de los hábitos de los sacerdotes.

Al desenvolver una magnífica vestidura de sacrificador se elevó una nube de polillas. En el fondo de un trípode, Gnifon vió un puñado de ceniza, resto de mirra quemada antes de la victoria de los cristianos, por el último sacrificio.

De todo aquel montón de cosas sagradas, de aquellos pobres restos, de los pedazos de las copas rotas emanaba olor de muerte, de humedad y un suave y triste perfume de incienso de los dioses profanos.

Dulce melancolía se apoderó del corazón de Gnifon; sonrió acordándose, de algo quizá de su infancia, de las sabrosas tortas de cebada y tomillo, de las grandes margaritas de los campos y de los jazmines que con su madre llevaba al altar de la dioses de su aldea; sus oraciones de niño, no al Dios lejano, sino á dioses menores, relucientes de puro sobados, esculpidos en haya, ¡los dioses penates! Tuvo piedad de los dioses muertos, suspiró tristemente, pero en seguida se repuso y murmuró:

—¡Sujestión diabólica!

Los obreros llevaron una pesada losa de marmol, un antiguo bajo relieve, robado hacía muchos años y encontrado de nuevo en el zaquizamí de un zapatero al que había servido para reparar el horno de la cocina. Filomena, la anciana mujer de un trapero vecino, cristiana devota detestaba á la mujer del zapatero que dejaba todos los días que entrara su asno en el campo de coles de Filomena. Hacía muchos años que estaban en guerra, pero la cristiana quedó victoriosa. Siguiendo sus indicaciones los obreros penetraron en la casa del zapatero y para arrancar el bajo relieve habían tenido que demoler el hogar.

Fué aquel un golpe terrible para el zapatero, que blandiendo una pala, pedía venganza á todos los dioses sobre los impíos, se arrancaba los cabellos y gemía ante sus ollas tiradas, mientras sus chiquillos piaban ruidosamente como pajaritos en un nido devastado. Pero el bajo relieve fué sacado de la casa á pesar de todo y Filomena se puso gozosa á lavarle.

La trapera frotaba con celo el marmol en negrecido por el acre humo y manchado por las comidas grasientas del zapatero. Poco á poco iban apareciendo las lineas severas de la divina escultura. Dionisio, joven, desnudo, soberbio, aparecía como fatigado por la bacanal, recostado y dejando caer indolentemente una mano en la que tenía una copa: una pantera lamía las últimas gotas del vino. Y el dios comunicando su alegría á cuanto le rodeaba, y

sonriendo con complacencia, contemplaba la fuerza de la fiera vencida por la fuerza de la viña. Se colocó el bajo relieve, y encaramándose hasta el ídolo un joyero, incrustó en las órbitas del dios dos soberbios zafiros que debían simular los ojos.

—¿Qué es eso?—preguntó Gnifon.

—¿No lo ves? dos ojos.

—Sí, bien veo que son los ojos; ¿pero de dónde han salido esas dos piedras?

—Del monasterio.

—¿Y los monjes lo han permitido?

— ¿Qué iban á hacer? ¿El divino Augusto Juliano lo ha ordenado? Los ojos puros del dios servían de adorno á la ropa del Crucificado... ¡Ya ves!... Hablan de caridad, de justicia y ellos son los primeros bandidos. ¡Mira, las piedras encajan perfectamente en su primitivo puesto!...

El dios fijó en Gnifon sus ojos de zafiro. El viejo retrocedió y se santiguó dominado por miedo supersticioso.

—¡Señor! ten piedad de nosotros. ¡Qué abominación!

Los remordimientos le atormentaban. Sacudiendo el polvo, hablaba consigo mismo según su hábito.

—¡Gnifon! ¡Gnifon! ¡qué miserable te vuelves!... ¡Un verdadero perro sarnoso!... ¿Por qué te condenas? ¡El malo te ha seducido!... Y ahora irás al fuego eterno y no habrá salvación para tí... ¡Has perdido tu alma y tu cuerpo, sirviendo á la abominación pagana!... ¡Mas te valiera no ver la luz del día!

—¿Por qué gimes, viejo?—le preguntó la trapera Filomena.

—¡Tengo pena en el corazón!... ¡Mucha pena!

—¿Eres cristiano?

—¡Cristiano! Soy un traidor del Cristo,—respondió Gnifon sacudiendo inconscientemente.

—¿Quieres que te libre del pecado, que no quede sobre tí, ni sombra de mancha pagana? Yo tambien soy cristiana y ya ves que nada temo. ¿Crees que yo hubiera venido á trabajar si no supiera como he de purificarme?

Gnifon lo miraba incrédulo.

La trapera se aseguró de que nadie podría oirla, y murmuró misteriosamente:

—¡Hay un medio, sí!... Te lo diré. Un peregrino me ha regalado un pedacito de madera de Egipto, llamada persis, y que se cría en Germópolis, en Tebaida. Cuando Jesús y su madre salieron de la ciudad, el persis se inclinó ante ellos y desde entonces este vegetal es milagroso y curativo. Yo poseo un pedacito y si quieres te daré una astillita. Tiene tal poder esta madera que poniendo un pedazo en una cuba de agua, y dejándole durante una noche, el agua se santifica. Te lavarás de la cabeza á los pies y toda la abominación pagana desaparecerá como por arte de encantamiento: te encontrarás descargado y puro. Acuérdate de que la Escritura dice: «Te meterás en el agua y de ella saldrás blanco como la nieve.»

—¡Oh mi bienhechora!—gimió Gnifon.—¡Sálvame, dame un pedacito de la madera maravillosa!

—¡No tiene valor! Sin embargo, para hacer una buena acción te daré un pedazo por un dracma...

—¿Qué dices, buena mujer? En toda mi vida no he sido dueño de un dracma... ¿Quieres cinco óbolos?

—¡Avaro!—dijo indignada la trapera...—Regateas un dracma. ¿Crees que no lo vale tu alma?

—¡Después de todo! ¿De verdad me purificarás? Quizá el mal esté tan aferrado que no pueda..,

—Te lo garantizo,—insistió la trapera.—Ensaya, y tú mismo apreciarás pronto el milagro... Tu alma resplandecerá pura como una paloma...

III

Juliano organizó en Constantinopla procesiones báquicas. Sentado en un carro arrastrado por mulas blancas, llevaba en la mano un tirso de oro terminado en una bola de cedro, y en la otra una copa enguirnaldada de yedra. Al lado del carro iban panteras amansadas, enviadas de la isla de Serendiba. Los bacantes cantaban golpeando los tímpanos, sacudiendo antorchas encendidas, y á través de la nube de humo se veían adolescentes con la frente adornada con cuernos de faunos y echando vino en las copas. Se empujaban riendo con frecuencia, el purpurino líquido caía sobre los hombros desnudos de una bacante de donde recaía esparcido en diminutas gotitas. En un asno cabalgaba un obeso viejo, el director del tesoro, gran bribón y usurero que representaba con gran perfección á Sileno.